

# Prólogo

ALFREDO DAGNINO GUERRA

Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas

La Fundación Universitaria San Pablo CEU, como obra de la Asociación Católica de Propagandistas, responde fielmente al carisma genuino de su creadora: la vocación de estar presente en la vida pública. Uno de los ámbitos de ésta es el educativo. La educación representa el porvenir de una sociedad. Y no hay educación integral del hombre sin el fomento de la fe religiosa y de las virtudes teologales y cardinales del cristiano; sin el cultivo de lo que constituye la dimensión más profunda de su ser: el sentido de lo trascendente.

En el CEU sabemos que la enseñanza media tiene una influencia decisiva en la formación de un pueblo. Tiene una doble finalidad: procurar la instrucción y formación humanas necesarias para que el joven se enfrente debidamente preparado al ambiente social en que ha de moverse; y proporcionar al futuro universitario la madurez precisa, para que emprenda con garantía de éxito su formación especializada. La enseñanza media ha de asentarse en una serie de pilares, como la íntima compenetración del profesorado entre sí, y con los alumnos, la afabilidad en el trato y el acercamiento de la familia a la vida de los centros. Asimismo, en el CEU consideramos la enseñanza universitaria como el instrumento de preparación para los profesionales e investigadores del mañana, y de transmisión de la cultura. Toda nuestra comunidad educativa está guiada por el fin de la búsqueda de la verdad.

Cuando Ángel Herrera definía lo que es el maestro siempre recurría a la frase profunda y sabia de San José de Calasanz: “El maestro no es más que un cooperador de la verdad”. Y toda la doctrina de la Iglesia sobre la verdad se compendia, decía Herrera, en aquellas palabras de Jesucristo: “La verdad os hará libres”.

# Presentación

JULIÁN VARA MARTÍN

A finales de febrero de 2005 recibí una llamada de Antonio Urzáiz (entonces Secretario General de la Asociación Católica de Propagandistas) para proponerme la idea de organizar un Curso de Verano sobre la figura y la obra de Ángel Herrera. La idea, tal y como me pareció entender, era recuperar de nuevo el aprecio por Herrera a partir de acercarnos a su persona y obra. Un aprecio que nunca ha faltado de nuestras palabras pero que no siempre ha estado presente en nuestros corazones como debiera. Como frecuentemente se ha reconocido, la figura de Herrera y la actuación de los propagandistas en la historia de España no ha sido suficientemente estudiada y valorada. Son muchos los elementos que han contribuido a su discreta presencia en los libros de historia y, entre ellos, no es el menor de todos la aparente discreción con la que los propagandistas miran a su Asociación, a su historia, y la dan a conocer. El curso de verano (sólo a Antonio Urzáiz le corresponde decirlo) venía a animar un modo distinto de aproximarnos a nuestros orígenes y a quien mejor encarnó la vocación apostólica de los propagandistas: Ángel Herrera Oria.

Como la figura de Herrera es enorme, pronto comprendí la necesidad de que la aproximación fuera progresiva, a través de distintos aspectos, y entre todos ninguno me pareció más interesante ni urgente que el tema educativo. Así, con esa aparente y real sencillez, quedó perfilado el encargo de organizar un curso de verano que llevaría por título *Ángel Herrera y los Propagandistas, su obra educativa*. La prudencia aconsejó recurrir a alguien más sabio y autorizado para llevar adelante la tarea, y con su habitual generosidad José Luis Gutiérrez García aceptó la dirección y supervisión académica del curso. Pronto se sumó a esos esfuerzos iniciales alguien cuya amabilidad e inteligencia contribuyó no poco al resultado final, Alejandro Rodríguez de la Peña. Entre los tres se determinó el programa y los ponentes, cuyo resultado material ahora se presenta.

Las tres partes en que está dividido el libro obedecen al mismo esquema del curso, que pretendía acercarse simultáneamente a la obra histórica realizada y a los desafíos del tiempo presente, de manera que el curso no fuera para los participantes un ejercicio de “arqueología”, sino el principio de una sana emulación.

Las ponencias que fueron leídas, y algunas de las cuales ahora se presentan, revelan la vocación apostólica de los propagandistas y la grandeza de las personas que la llevaron adelante, con el detalle de las historias personales y el conocimiento directo de los hombres. La limitación inevitable de un libro, la imposibilidad de traducir a texto todo el contenido de aquel extraordinario curso de verano, no permite recoger toda la riqueza de la imagen que quedó impresa en los que asistimos. En este sentido, muy singularmente debe destacarse el testimonio de las maestras rurales, verdaderos apóstoles al servicio de su querido obispo, que constituyó una revelación para muchos de los que llegamos a aquella extraordinaria tierra de Málaga. El modo como hablaban de Ángel Herrera y el recuerdo de su generoso servicio en las Escuelas Rurales representó uno de los dones más estimables del curso.

La importante dedicación de los propagandistas a la tarea periodística, no sólo por la edición de algunos de los más importantes periódicos de la época, sino también por la preocupación constante por la educación de los periodistas católicos y su relevancia pública, constituyó (gracias a la oportuna sugerencia de José María Legorburu) el segundo de los grandes bloques del curso. A ello se dedicaron ponencias que pusieron de relieve el papel único y singular de los propagandistas, con Ángel Herrera a la cabeza, en la configuración de las modernas escuelas de periodismo y, muy singularmente, la Escuela de Periodismo de la Iglesia.

Como he señalado, quisimos dedicar el último de los bloques a la naturaleza y condición de los problemas educativos en el tiempo presente, tan distinto (y a la vez tan semejante, paradójicamente) a los que vivió Herrera. En ese bloque, extraordinariamente complejo, hemos querido incluir ahora una conferencia de José Luis Gutiérrez García que no se pronunció en el contexto de aquel curso de verano sino meses más tarde, con ocasión de la festividad de San Francisco de Sales, en la Facultad de Humanidades de la Universidad CEU San Pablo. El autor, el tema y, sobre todo, su contenido hacían conveniente que esa Lección encontrara acomodo en esta tercera parte, y así una más amplia difusión. En el mismo sentido se incluye una intervención de Emilio Boronat sobre la Educación Católica que ha impresionado a cuantos la han oído y que ahora se ofrece a todos.

El libro se cierra con una sencilla y entrañable biografía escrita por un periodista malagueño en el centenario del nacimiento de Ángel Herrera, en 1986. La amabilidad de su autor permite acercarse a la figura de Herrera a

quienes no estén familiarizados con su figura y, a todos, al afecto que sus malagueños le profesaron. Afecto que es fácil reconocer en cada una de sus palabras.

No es posible concluir sin agradecer la generosidad con la que todos los ponentes participaron en el curso y la rapidez con la que aceptaron la propuesta que en su momento les hice. Quisiera agradecer especialmente a D. Francisco García Mota, D. Gregorio Bartolomé, D. Javier García Cañete, D. Andrés Giménez Abad, D. Carlos Mayor Oreja y D. Teófilo González Vila su extraordinaria amabilidad, sólo la necesidad de acotar el contenido del presente volumen no ha permitido incluir aquí sus interesantes intervenciones.

Hay que agradecer a los profesores del Instituto de Humanidades Ángel Ayala su ayuda durante el desarrollo del curso y en los momentos posteriores de elaboración de este libro, muy especialmente al profesor Enrique Anrubia que con su acostumbrado afecto y capacidad asumió la necesaria y siempre pesada tarea de supervisar algunos textos. Singular gratitud merece Mercedes Fernández Castiella, cuya dedicación a esta tarea en su planificación, desarrollo y conclusión está fuera de toda ponderación.

Así mismo, es preciso agradecer a las Maestras Rurales, y a los miembros del Centro de Málaga de la Asociación Católica de Propagandistas, su generosidad en la acogida, su afecto en la estancia y la gracia de su amistad. Entre todas ellas, quisiera mencionar a Remedios María Ruiz, Carmen Bueno, Ana María Bueno, Josefina Acosta, Ana Matute, Rosario Páez, María Pérez Santolalla, Mariana Del Río, Estrella Molina, Trinidad Hervás Pérez y Mari Carmen Fuentes, junto a ellas, Pepita Espejo y, muy especialmente, Elena Moreno representan las caras más cercanas y a las que debemos más gratitud.

Por último, quisiera mostrar mi gratitud a Alfredo Dagnino, Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas, por su generosa y pronta disponibilidad a prologar el libro y, más allá de eso, por la esperanza que su persona e ímpetu ha suscitado en la recuperación de la tradición y presencia de los propagandistas en todos los ámbitos pero, muy especialmente, en este de la educación.

Hay que terminar volviendo a recordar que el curso y el libro son debidos a la primera persona que hemos citado en nuestra presentación: D. Antonio Urzáiz, que ha sabido encarnar desde el primer momento esa función de corazón que cumple desarrollar al Secretario General, como bien dijera Fernando Martín Sánchez. Él supo ponernos en movimiento, animarnos y sostenernos durante toda la tarea. Suyos son, pues, los resultados.

A todos nuestra gratitud.

# Parte Primera

---

La obra de Ángel Herrera y de los  
propagandistas en el campo educativo:  
una mirada a la Historia

# Ángel Herrera, Obispo de Málaga (1947-1966)

JOSÉ SÁNCHEZ JIMÉNEZ

Universidad Complutense de Madrid

Antes de entrar en la materia y el contenido de la ponencia que han tenido a bien confiarme, prefiero resumir en muy pocas palabras el pensamiento y preocupación constantes, y el objetivo primordial de sus actuaciones, en la trayectoria personal e institucional de Ángel Herrera Oria, obispo y cardenal de la diócesis de Málaga: *una permanente inquietud ante la débil conciencia social de los españoles, y un peculiar empeño en impulsar la acción ciudadana en el catolicismo español* —que era su característica forma de referirse a la acción política por encima de las diferencias de partido—, tal como venía demandándose casi sin solución de continuidad desde que el Papa León XIII, en los años ochenta del siglo XIX, dirigiera a los españoles su carta encíclica *Cum multa*, en un conato, malgrado por cierto, de acabar con las divisiones y tensiones que se venían explicitando en el catolicismo español en el último cuarto del siglo XIX.

Tras su toma de posesión de la diócesis de Málaga, a partir de 1947, Ángel Herrera fue fundador y mentor, entre otras muchas realizaciones, de la primera Escuela Social Sacerdotal, de las Semanas Sociales Diocesanas —antes de que se relanzaran las Nacionales en 1949—, de la Asociación Pío XII de agricultores, promotor de una reforma agraria frente a la gran explotación, de la búsqueda de salidas a la situación miserable de los pescadores de la playa de san Andrés, del remedio a la escasez de viviendas con la barriada de san José de Carranque, de la construcción de las Escuelas Rurales y del oportuno Patronato Mixto para su organización y desarrollo, y director de la voluminosa obra *La Palabra de Cristo* a favor de la enseñanza y predicación homiléticas y de la aplicación de la “reforma social cristiana”. Sin olvidar, por supuesto, las más apreciadas y

mimadas por él mismo, una vez que su proyección se amplía a toda España tras la constitución de la Comisión Episcopal de Asuntos Sociales: el Instituto Social León XIII, el Colegio Mayor Pío XII —Escuela de Ciudadanía Cristiana— y el tan deseado Instituto Social Obrero, en el Colegio Mayor Pío XI, como manera de resarcir al mundo del trabajo de lo que en los años de la Segunda República resultó inviable, y del que más adelante se hará referencia.

Siempre atento y dispuesto, e incluso con talante tenaz, al servicio de la Iglesia y del catolicismo español, desde su más inmediata juventud, y con muy excepcionales momentos de sosiego, la división, las tensiones y, en cruciales hitos, hasta los enfrentamientos fueron constantes en un itinerario largo, arduo, embarazoso, sorprendente a veces y, en general, pese a todo, gratificante y fecundo; aun cuando, como monseñor Herrera comentara en ocasiones diversas y de forma reiterada haciendo balance de su trayectoria, en la acción de los católicos resultó dominante la “prudencia de la carne” sobre las “imprudencias del espíritu”.

En una de sus últimas actuaciones, en preciosa carta a la XXVI Semana Social celebrada en Málaga, en abril de 1967, a la que no pudo ya asistir por hallarse impedido y a poco más de un año de su muerte, Ángel Herrera, Cardenal de la Iglesia, y hasta septiembre de 1966 obispo de Málaga, «un anciano —en expresión de W. L. Callahan— que llevaba a sus espaldas decenios de lucha en nombre de la Iglesia»<sup>1</sup>, volvía a su persistente preocupación y a su apasionado interrogante:

«¿Por qué nuestro catolicismo, tan fecundo en frutos admirables, no ha logrado influir en la vida pública nacional? ¿Quiénes son los responsables de esta hiriente paradoja? ¿Quiénes son los causantes de la zona débil que existe en la conciencia pública española?»<sup>2</sup>.

No era este énfasis, por supuesto, efecto de una circunstancia personal, y mucho menos la expresión de un fracaso tras veinte años de episcopado fructífero dentro y fuera de su diócesis; y no se trataba tampoco de una opción nueva, condicionada o impulsada por los efectos del Concilio Vaticano II, entonces en el cenit de su aplicación y contraste.

Lo que Ángel Herrera seguía echando de menos, en los inicios del último tercio del siglo XX, cuando más pujante se intuía la trayectoria del Instituto Social León XIII y de la Escuela de Ciudadanía Cristiana, era la aplicación de las tesis políticas y sociales de León XIII. La apuesta, la disposición a la generosidad y al tesón social y político en mejorar las condiciones de vida y el acceso a la cultura de las clases y grupos menos favorecidos, así como la creación y aplicación de cauces vigorosos de desarrollo ciudadano, como el mejor

<sup>1</sup> CALLAHAN W. J., *La Iglesia católica en España (1875-2002)*. Crítica. Barcelona 2002, pág. 303.

<sup>2</sup> Carta del cardenal Herrera Oria a la XXVI Semana Social de España, celebrada en Málaga, en abril de 1967, *Ecclesia*, 15 de abril de 1967, pág. 28.

antídoto contra el materialismo y el comunismo dominantes, como alternativa a unos partidos —inexistentes en este momento en España— dominados por el desconcierto entre la obligación de servir a la convivencia y la presencia de intereses y promesas injustos, envueltos en vías y fines caciquiles, y como réplica a la permanente actitud remisa de los católicos, incapaces, e incluso reticentes, a la elaboración y potenciación de una vida pública basada en el servicio al *bien común*, que él creía y juzgaba viable desde sus años jóvenes —al finalizar la primera década del siglo XIX—, en el entorno y con las responsabilidades con que le tocó vivir.

Concluida su carrera de derecho en la Universidad de Valladolid, y después de superar con muy buen puesto las oposiciones a la abogacía del Estado, quiso y supo dedicarse —primero como letrado y periodista, y hombre clave en la organización y dirección de la Acción Católica; y más tarde, tras la guerra civil, como sacerdote y obispo—, a refrendar y extender el seguimiento obediente, acorde y creador, con las directrices de la doctrina social y política de León XIII. Solamente éstas le sirvieron de orientación y apoyo a la hora de conformar unas pautas de pensamiento y de acción específicas, ágiles y de segura permanencia, que cabría someramente compendiar en los principios esenciales que recrean y compendian los jugosos documentos pontificios publicados en los años ochenta y noventa del siglo XIX, esenciales, y presentes e invariablemente dinámicos en su vida y trayectoria:

1. Fidelidad perenne a los principios de la doctrina de la Iglesia, con especial hincapié en los postulados ideológicos, económicos, sociales y políticos sobre los que se basa y proyecta la “organización cristiana de la sociedad”.
2. La consideración del bien común como principio, igualmente básico, en la concepción y desarrollo de la sociedad.
3. La adecuación de medios políticos eficaces a fines igualmente nobles, a partir y a través de la acción de unas minorías selectas —el gobierno de los mejores— que no tenían por qué coincidir ni pasar obligatoriamente por la sangre o por la herencia.
4. La fidelidad y apoyo al poder político constituido, conforme a la doctrina tomista de defensa del bien común, cuya conquista y afianzamiento aseguran a la sociedad frente al “vacío de poder”, al mal o torcido uso del mismo o a la primacía de intereses y fines bastardos o erróneos.

Conforme al pensamiento y objetivo pontificios de lograr y afirmar el más fructífero equilibrio entre Iglesia y liberalismo —idea clave del pensamiento político papal finisecular—, Ángel Herrera va a dedicar su tiempo y su vida, su trabajo y su influencia, en el ambiente socio-religioso auspiciado por el padre

Ángel Ayala, y desde la primera década del siglo XX liderado por él mismo, a la formación de minorías selectas, que le llevarán sucesivamente a organizar la Asociación Católica de Propagandistas, a la fundación y dirección de *El Debate*, de la Editorial Católica, de la Escuela de Periodismo de *El Debate*, y a la presidencia de la Acción Católica Española en los años de la República, con la creación de la Casa del Consiliario y de un emergente Instituto Social Obrero. Para continuar, más tarde —ya como sacerdote y obispo, y conforme al mismo proyecto, refrendado más tarde y primordialmente por Pío XI y Pío XII—, con el fomento de las Escuelas Sociales Sacerdotales que preceden a la fundación del Instituto Social León XIII y a la construcción y lanzamiento de la Escuela de Ciudadanía Cristiana en el Colegio Mayor Pío XII. O la nueva Escuela de Periodismo de la Iglesia, de trayectoria corta pero muy fecunda. Sin olvidar, por supuesto, el nuevo Instituto Social Obrero (Colegio Mayor Pío XI), en el que se encontraba interesado y confiado en los últimos meses de su vida. En este último tramo, además, una vez aceptada por Pablo VI su renuncia a la diócesis, centró su interés en el lanzamiento de la Asociación de Amigos de la Universidad Pontificia de Salamanca, en una mejor y más segura dotación económica de la Iglesia y del Clero, y en la constitución de la Fundación Pablo VI, especialmente centrada en dar seguridad y crear futuro a toda su obra social y ciudadana<sup>3</sup>.

Estas minorías —recoge monseñor Herrera en sus *Memorias*—, formadas por la Iglesia y orientadas desde el Episcopado conforme a los principios de la doctrina pontificia (la presencia de los textos de León XIII es permanente en su discurso), deberán ser prolongación del mismo, conforme al espíritu y contenidos de la Acción Católica; y deberán ejercer su influencia en la vida pública nacional, según el retrato-robot de las mismas, lúcido y fiel, que mantuvo a lo largo de su amplia y rica trayectoria:

«Características de estos hombres ha de ser la vida interior, el conocimiento de los principios fundamentales (se refiere a los de la fe y a los de obligada práctica social), el saber trabajar en equipo manejando sabiamente a los técnicos; ser ciudadanos leales al poder constituido; no tener sombra de poder económico ni de ambición política; poseer un sincero deseo de acortar las distancias entre las clases sociales, de facilitar la movilización social y de procurar que toda la organización sea en beneficio de los ciudadanos más necesitados»<sup>4</sup>.

Compendiaba así el pensamiento y las directrices aludidas; y justificaba igualmente la decisiva, la definitiva influencia de la doctrina política pontifica

---

<sup>3</sup> Las funciones que antes correspondían a la vieja aristocracia, la de la sangre y la propiedad —repetía de manera persistente— deberían ser suplidas ahora por las que corresponden y llevan a cabo las más recientes “minorías selectas”, la “nueva aristocracia” —la del saber y la virtud— como defensa y en testimonio del papel social y político que la Iglesia deberá llevar a cabo a través de la Acción Católica (*Non abbiamo bisogno*, 29 de junio de 1931).

<sup>4</sup> HERRERA ORIA, A., *Memorias inéditas*. Se hallaba ocupado en la elaboración de las mismas cuando le sobrevino la muerte; y resultan de valor desigual e incompleto, dada su situación personal ya en pleno declive.

que recogen con claridad y orden, y de forma primordial en estos momentos, encíclicas como *Diuturnum Illud*, *Inmortale Dei* y *Libertas*, que, bien directamente, o a partir de las interpretaciones y declaraciones de Pío XI y Pío XII, dan fuerza y proporcionan pautas a los estímulos, los proyectos, los objetivos y fines que identifican la constitución, el desarrollo y el futuro del Instituto Social León XIII, con toda seguridad la obra más querida y mimada de cuantas monseñor Herrera hizo realidad al servicio de la Iglesia y a través de la Universidad Pontificia de Salamanca, la Universidad el Episcopado Español.

\* \* \*

De lo que se trata ahora, es de exponer y comentar, a ser posible de forma concisa y clara, la teoría y la *praxis* pastoral con las que Ángel Herrera proyectó, construyó y atestiguó su fidelidad a la doctrina pontificia, su atención al bien común, su lucha contra la injusticia circundante, su búsqueda de una “levadura idónea” —las minorías— para transformar la masa, y su colaboración con los poderes públicos en favor siempre del bien común.

Por ello, y a favor de la concisión y claridad debidas, dividiré esta exposición en tres partes: 1) el programa de acción episcopal; 2) la influencia de la realidad social malagueña en la planificación de sus proyectos pastorales; 3) la técnica, al servicio de la caridad.

Me gustaría, además, de entrada, referir dos testimonios, quizás ajenos a la realidad que se analiza, pero magníficamente definitorios de este proyecto y de su desarrollo en la ciudad de Málaga, cuya realidad social había provocado en el obispo un significativo *shock*. En Málaga confluían entonces, en complemento progresivo, miseria, chabolismo, ignorancia, incultura, rigidez social, injusticia y corrupción. La escasez, la carestía generalizada, el mal reparto de la propiedad, el terror en la serranía, la inexistente industria, el precio del pan en el mercado negro, el insufrible coste de la vida, una beneficencia débil y una seguridad social prácticamente nula, impresionan al obispo y dejan pequeña y suave en exceso su denuncia, en octubre de 1947, de una España «alejadísima de la meta señalada por los Pontífices».

El primero de estos testimonios es el recogido por G. Brenan en su pequeña obrita, *La faz actual de España*, publicada en castellano por vez primera en Argentina el 1950. En ella narra su vuelta a España tras la guerra civil y fotografía, con imprecisión en los datos pero de forma bellamente impresionista, lo que ve en su entorno, y el soplo de esperanza que supone la presencia y la actuación del doctor Herrera, «ex director del gran diario *El Debate*, transformado en obispo de la diócesis»:

«Tuve la impresión de que había en Málaga cuatro veces más vendedores ambulantes que antes y también cuatro veces más mendigos. No cabe sentarse diez

minutos en un café sin que aparezca, acercándose a gatas, para que los mozos no le vean, un chiquillo dedicado a recoger colillas. Luego están los hombres sin brazos o sin piernas, las mujeres enfermas con criaturas enfermas en los brazos y la brigada de los limpiabotas y vendedores de lotería, ¡y cuántos más a los que la policía no deja asomarse...! Para sobrevivir día a día, esta gente tiene que fiarse a su ingenio, a su astucia, a su conocimiento del medio ambiente. Bastan unos pocos errores para que se mueran. La sociedad no hace nada por ellos. Ni siquiera procura ritos para enterrarlos... Si no se dispone de esta cantidad (el pago “religioso” del entierro) se va como un perro a la fosa común (...)

En estas casas hay un esqueleto en cada armario: los de las madres hambrientas y los de los niños que serán víctimas del raquitismo y la tuberculosis a causa de la mala alimentación crónica»<sup>5</sup>.

En mitad de este caos, Brenan sitúa la figura del obispo y refiere de manera sencilla dos hechos importantes:

«... el obispo, doctor Ángel Herrera, ex director del gran diario *El Debate*, es un hombre de capacidad excepcional y tiene además ideas muy firmes acerca del papel que la Iglesia ha de representar en el campo social. El año último utilizó su influencia para conseguir que se construyeran viviendas para los pescadores de El Palo y este año ha estado gestionando un proyecto para asentar a familias campesinas en la tierra. Pero los propietarios han rechazado este proyecto; en una reunión reciente calificaron de comunistas los proyectos de esta clase, y tuvieron la audacia de pedir al obispo que dejara de predicar sobre la reforma agraria y se limitara a exponer ésas y otras ideas personales en privado»<sup>6</sup>.

«Cabe, pese a todo, decir algo y es que, mientras las sombras que invaden la escena española se hacen cada vez más densas, el entusiasmo y el idealismo que todavía existen en ella tienden a adoptar una forma religiosa (...) Ahora, a instigación del doctor Herrera, la Sociedad Constructora del Sagrado Corazón ha comprado unas cuarenta hectáreas de tierra. En estos terrenos se va a levantar un pueblo modelo para las familias obreras, completo, con iglesia, dispensario, mercado, guardería de infantes y campo de deporte. Si la influencia del doctor Herrera se extendiera —se dice que va a ser el próximo Primado—, la Iglesia hará algo para reconquistar su antigua posición. Pero ¿Cuántos obispos hay de este tipo?»<sup>7</sup>.

El segundo testimonio, del mismo año 1949, procede de la revista *Time*, del 28 de marzo, y va en cierto modo ligado a la preocupación herreriana por la reforma agraria en el entorno de su diócesis y al intento de crear minorías sacerdotales y de seglares con el propósito de reformar la injusta realidad social que le rodea:

«Aunque había hecho muy poco por llamar la atención, Ángel Herrera no es el tipo de hombre que pueda pasar desapercibido. En 1947 le nombraron para uno

<sup>5</sup> BRENAN, B. *La faz actual de España* Losada. Buenos Aires 1950, págs. 78 y 79.

<sup>6</sup> *Ibidem*, pág. 93.

<sup>7</sup> *Ibidem*, pág. 94.

de los puestos eclesiásticos más difíciles de toda España: le nombraron obispo de Málaga.

Málaga, donde los terratenientes, con espíritu feudal, han tenido a los obreros en una ignorancia hambrienta, tiene el menor porcentaje del país (40%) de católicos practicantes. En las revueltas de 1931 quemaron 36 iglesias en Málaga; durante la guerra civil los malagueños mataron a todos los sacerdotes. Era un sitio ideal para que el nuevo obispo instalase la clase de escuela que él deseaba donde los sacerdotes pudiesen estudiar problemas sociales. Los prelados chapados a la antigua, como el Cardenal Segura y Sáenz, de Sevilla, denunciaron la aventura tachándola de “perniciosa”. Pero en marzo de 1948, con 14 estudiantes, empezó la Escuela del Obispo Herrera»<sup>8</sup>.

Ángel Herrera contaba ciertamente en estos años de renovación del Régimen con una experiencia social y política, con una dedicación apostólica próxima a cuarenta años, con una constatada fidelidad teórica y práctica al “poder constituido” y, por encima de todo, con la más exquisita sintonía con el cuadro episcopal hispano, preferentemente conservador y condicionado por los ingentes problemas diocesanos. Pero, además, gozaba de una gran capacidad de organización y maniobra, de la preparación requerida en el preciso momento en que el Régimen, institucionalizado, estaba a punto de iniciar la gestación de un Concordato cuyo fruto habría de sobrepasar los estrictos límites de la relación Iglesia-Estado en la España de posguerra.

## 1. El programa de acción episcopal

En la alocución pastoral con motivo de su entrada en la diócesis, recogida a la letra en el Boletín Oficial del obispado de Málaga (noviembre de 1947), Monseñor Herrera comienza resaltando su papel de «pastor de almas» para insistir, de inmediato, en que «el gobierno de Cristo» que el obispo va a asumir supone la búsqueda y restauración de la «unidad perdida», la atención a «cada uno de los suyos» y la «santificación en la verdad mediante la predicación de la palabra».

Esta alocución sigue siendo básica para la comprensión y explicación de su esquema de pastoral diocesana, bastante atípico por cierto en las diócesis españolas de los años cuarenta. El proyecto de orientación y planificación de la diócesis revela, aparte de una lógica ordenación de medios a fines, una específica relación Iglesia/mundo, sacerdote/pueblo, vida sociopolítica/práctica y actuación religiosas; a la vez que plantea dos cuestiones esenciales en el pensamiento herreriano: 1.<sup>a</sup> la renovación de la fe como la necesidad básica del

---

<sup>8</sup> El artículo de *Time*, de 28 de marzo de 1949, titulado “*Liberales en España*” aparece traducido al castellano y acompañado de una tarjeta del embajador A. Sánchez Bella. (Archivo de Herrera Oria).

mundo moderno, y 2.<sup>a</sup> el papel esencial e insustituible de la Iglesia como instrumento de paz, civilización y progreso.

No conoce todavía la realidad malagueña, aun cuando sobreaman en su discurso datos e interpretaciones de los problemas sociales de la provincia que habrían de llevarle en más de una ocasión a situaciones incómodas, distanciamientos y hasta instantes de acritud. El programa en sí ofertaba tres partes perfectamente imbricadas: 1.<sup>a</sup> la asiduidad en la oración y la predicación de la Palabra de Dios como principales deberes pastorales de un obispo<sup>9</sup>; 2.<sup>a</sup> el fomento de las formas de predicación sagrada; y 3.<sup>a</sup> la predicación “social” desde el prisma del pensamiento pontificio.

Recoge monseñor Herrera en sus *Memorias*, más arriba citadas, esta preocupación y el propósito de aunar la oración y la predicación, concretas ambas en su experiencia sacerdotal, breve, intensa y proyectada siempre más allá de la esfera local santanderina en que tuvo lugar:

«Los últimos años de mi estancia en Santander —recuerda— viví en residencia con un grupo de sacerdotes. Vivíamos dedicados principalmente a la preparación homilética y al estudio de la doctrina social católica. Llevamos una vida austera de silencio y estudio, y, a mi juicio, no poco fructuosa (...).

Nos reuníamos todas las mañanas para estudiar materiales correspondientes a la homilía del domingo. Los viernes, la homilía estaba ya redactada en guión y los sábados plenamente desarrollada.

Creo que aquel clero joven hizo mucho bien en las parroquias santanderinas.

A otras horas teníamos los estudios sociales. Los domingos se consagraban por completo a la interpretación de las encíclicas.

Las puertas de nuestra residencia quedaban abiertas a un grupo importante de obreros; unos de Santander, otros de la provincia, inteligentes y estudiosos que, después de oír misa temprano en la capilla de nuestra residencia, pasaban el día entero estudiando en la biblioteca. Las clases, conferencias y coloquios se celebraban a última hora»<sup>10</sup>.

El fomento de las formas de predicación sagrada fue desvelo constante de D. Ángel, que citaba al Papa Benedicto XV, en su encíclica *Humani generis redemptionem*, y recordaba cómo unía «la calamidad de nuestros tiempos» a la «decadencia de la predicación sagrada», responsable, según el Papa, del creciente deterioro cristiano-popular. Por ello daba especial importancia a la predicación de la homilía dominical en la misa de una de la catedral, atento al diagnóstico de Pío XII que veía en la misma el antídoto contra «nuestros luctuosos tiempos», y puso especial interés y denodado esfuerzo en la preparación

---

<sup>9</sup> «Predicar será oficio propio y personal mío, y quisiera practicarlo desde esta misma cátedra con la mayor frecuencia posible». «La predicación exige oración. Más fruto hará el predicador corto en letras, pero asiduo en la oración, que el sabio teólogo abandonado y frío en el trato directo, familiar e íntimo con Dios».

<sup>10</sup> “Residencia Sacerdotal de Santander”, en *Memorias*, Archivo A. Herrera Oria, Madrid.